

# Cautivos españoles evadidos de Constantinopla en el siglo XVI

Spanish captives run away from Constantinople in the XVIth century

Ricardo GONZÁLEZ CASTRILLO

Universidad Rey Juan Carlos

ricardo.gonzalez@urjc.es

**Recibido: enero 2011**

**Aceptado: febrero 2011**

## RESUMEN

En la decimosexta centuria, se produjo un importante número de apresamientos de españoles por parte de corsarios turco-berberiscos que fueron consecuencia de incursiones en las costas del litoral mediterráneo o de acciones bélicas, cuya cantidad resulta imposible de cuantificar pero debió ser elevada. El destino de estos prisioneros fue tanto la propia ciudad de Constantinopla como diversas localidades del Norte de África, especialmente Argel, Túnez y Trípoli. En la primera gozaron de un mejor trato y más opciones de huida como ventajas si bien sus posibilidades de ser rescatados eran escasas. Muchos recurrieron entonces a abjurar de la fe cristiana y abrazar el Islam como medio de aliviar sus penalidades. Por este motivo, los renegados que vivían en la órbita del poder otomano se contaron por miles.

Se aborda en este trabajo diferentes relatos de cautivos y las evasiones que protagonizaron de Constantinopla, a través de las fuentes documentales que se conservan en el Archivo General de Simancas, en la Biblioteca Nacional de Madrid, y en las del Monasterio de El Escorial y en la Real Academia de la Historia. En todos los casos analizados, las fugas son colectivas, con mayor o menor número de huidos, que, aprovechando las circunstancias que se les ofrecían, consiguieron zafarse de la esclavitud a que estaban sometidos. Cabe destacar el hecho de que algunos de ellos, tras recuperar su libertad, pusieron en orden las vivencias de su cautiverio en obras que tienen un marcado carácter autobiográfico, si bien no todos quisieron recordar este hecho trágico en sus vidas.

**Palabras clave:** Edad Moderna; siglo XVI; cautivos; Constantinopla; Norte de África; renegados.

## ABSTRACT

In the XVIth century, it took place an important number of captures of spanish people by turkish corsairs due to strikes along the Mediterranean coast or for military actions. Unfortunately, we can't know how much people have been prisoners but this amount had to be high. The destination of these captives was, on the one hand, the city of Constantinople itself and, on the other, several countries of North Africa, such as Argel, Tunis and Tripoli. In Constantinople, they had a better treatment and much more possibilities to run away but it was true that their options to be rescued were limited. Most of them selected to refuse the christian faith and, for this reason, they converted into muslims and the number of renegades who lived in the ottoman empire was numerous.

This article deals with different stories of captives in the city of Constantinople and their flights from this, through the study of an important number of manuscripts that they belongs to collections of the General Archive of Simancas and Libraries, such as National Library of Spain, El Escorial Monastery and Royal Academy of History (Madrid). In the whole cases, the flights are in group, with more o less number of escapees, that reached their freedom. A few of them wrote and autobiographical book in which they related the experiences of their captivity although this fact wasn't very common.

**Key words:** Early Modern Age, XVIth century, captives, Constantinople, North Africa, renegades.

La visión que de Constantinopla tenían los españoles del siglo XVI era más bien escasa y limitada por la beligerancia que mantuvieron en esa centuria España y Turquía. Los otomanos eran contemplados como los enemigos tradicionales y, aunque se resistían a admitirlo abiertamente, los españoles albergaron hacia ellos un claro sentimiento de inferioridad hasta la batalla de Lepanto<sup>1</sup>. Sentimiento un tanto justificado, en verdad, pues desde sus zonas de influencia en Argel, Túnez, Trípoli, Tremecén y otras localidades, hostigaban continuamente nuestras costas y barcos. La política que a comienzos del siglo había propugnado el Cardenal Cisneros de mantener asentamientos permanentes con guarniciones militares (*presidios*) en varios puntos del litoral norteafricano como forma de contrarrestar la creciente piratería berberisca, fue seguida con entusiasmo por Carlos V y Felipe II pero, en realidad, no sirvió para solucionar el problema. Y es que el mantenimiento de los *presidios* suponía un alto coste económico ya que los víveres y bagajes provenían casi en su totalidad de España y, con frecuencia, los barcos que los transportaban eran asaltados y no llegaban a su destino. Por otra parte, las condiciones de vida en tales asentamientos eran penosas en extremo para unos soldados que, por añadidura, cobraban poco y generalmente con retraso. De ahí que muchos optaran por desertar, aun a riesgo de ser capturados por los musulmanes<sup>2</sup>.

El hecho cierto es que Argel, Túnez y Trípoli, en la órbita del poder otomano, eran los más importantes focos de actividad corsaria, que no los únicos, desde los cuales las naves turco-berberiscas hacían frecuentes incursiones por las costas mediterráneas españolas y amenazaban asimismo la navegación de nuestros barcos. El número de prisioneros hechos en tales acciones bélicas fue incalculable y su destino era preferentemente Argel, convertida en regencia del imperio turco por la decisión de Jayr al-Dīn Barbarroja, sucesor de su hermano Arūy, de declararse vasallo del soberano otomano Selim I, en cuyo nombre gobernó esta zona como *beylerbey*<sup>3</sup>. Pero Trípoli, Túnez y otras ciudades más del litoral norteafricano fueron también puntos de reclusión

<sup>1</sup> MAS, Albert, *Les Turcs dans la Littérature Espagnole du Siècle d'Or*. Paris: Centre de Recherches Hispaniques, 1967, t. I, pp. 24 y 508.

<sup>2</sup> FRIEDMAN, Ellen G., *Spanish Captives in North Africa in the Early Modern Age*. Wisconsin: University, 1983, pp. 43-46.

<sup>3</sup> Regente o gobernador. Los *beylerbeys* de Argel eran designados por el sultán de Constantinopla y, en teoría, eran responsables sólo ante él. Les estaban subordinados los *paşas* (gobernadores) de Túnez y de Trípoli, las otras dos provincias otomanas en el Norte de Africa. El último de los *beylerbeys* de Argel fue Uluç Alī, que era asimismo comandante de la flota otomana. Conquistó Túnez en dos ocasiones: en 1569 y en 1574, tras la breve recuperación por don Juan de Austria en 1573. A su muerte, ocurrida en 1587, el sultán transformó las provincias norteafricanas en tres regencias separadas, gobernada cada una por un *pasa*, elegido por tres años. Vid. FRIEDMAN, Ellen G., *Spanish Captives...*, pp. XX y 9; y también GEUFFROY, Antoine, *Briefue description de la court du Gran Turc...* Paris, 1546, sign. diij; DIAZ DE TANCO, Vasco, *Libro intitulado Palinodia de la nephanda y fiera nación de los Turcos*. Orense: imp. por el autor, 1547, sign. + iiii v y f. lvj ra; y *Encyclopédie de l'Islam*<sup>2</sup> (*El*<sup>2</sup>), t. I, pp. 1194 y s.

Para la historia de Jayr al-Dīn y sus hermanos Arūy e Ishāq, hijos de un ollero griego de la isla de Mitilene (antigua Lesbos). LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, "Crónica de los Barbarroja". *Memorial Histórico Español*, 6 (1853), pp. 327-539. Y también, BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. *Los Barbarroja, corsarios del Mediterráneo*. Madrid: Alderaban, 2004.

de cautivos cristianos<sup>4</sup>. Muchos de ellos acabaron luego en Constantinopla al ser vendidos a personajes turcos, y allí “generalmente vivían con más holgura y con menos penalidades que en el Norte de África, por la innata crueldad de los berberiscos”, como afirma Manuel Serrano y Sanz, quien señala además que “lejos de vivir continuamente encerrados en los *baños*<sup>5</sup>, salían a trabajar para sus amos en varios oficios y aun podían ejercer algunas profesiones liberales”<sup>6</sup>.

Ejemplo significativo en apoyo del mejor trato conferido a los cautivos en Constantinopla es el caso de **Cristóbal de Villalón** a quien el citado Serrano y Sanz atribuyó el “Viaje de Turquía”, obra que Marcel Bataillon adjudica, a su vez, al Dr. Andrés Laguna, mientras Fernando G. Salinero apunta como probable autor de la misma a Juan de Ulloa Pereira<sup>7</sup>. En cualquier caso, el “Viaje” -que permaneció inédito durante más de tres siglos- es, en opinión de Albert Mas, “la obra más original que la España del siglo XVI produjo en el terreno de considerar favorablemente a los turcos”<sup>8</sup>. Dejando aparte si fue o no el autor, lo cierto es que Cristóbal de Villalón gozó de bastante bienestar en su cautiverio bajo la protección de su amo, el poderoso Sinán Bajá<sup>9</sup>, pudiendo ejercer la Medicina y contó entre sus pacientes al mismo Sinán, que padecía de asma, y a la hija del sultán otomano. Conocido es también el caso de **Diego Galán**, que salió de su villa de Consuegra a los 14 años de edad con el fin de “ver mundo” y cayó prisionero en un encuentro naval. Conducido primero a Argel y luego a Constantinopla, dejó constancia de las tribulaciones sufridas en ambas ciudades en unas *Memorias* escritas en forma de diálogo. Señala allí que en el segundo de sus confinamientos, “le cobraron tanto afecto el amo y su familia que tenía libertad de ir fuera de la casa a lavar la ropa donde quisiese sin llevar grillo ni guardas”<sup>10</sup>. Sin embargo, no todos tuvieron la misma suerte. Diego de Haedo, discutido autor de la *Topographia e Historia general de Argel*<sup>11</sup>, cita el caso de uno de los prisioneros

<sup>4</sup> El corsario otomano Turgut Reis, conocido por Dragut, conquistó Trípoli en 1551 a los Caballeros de Malta, instalados allí por Carlos V en 1530. Braudel sitúa en 1556 el inicio del gobierno de Dragut sobre Trípoli. FRIEDMAN, Ellen G. *Spanish Captives...*, p. XXII; BRAUDEL, Fernand. El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. México, 1987, t. II, p. 431; *Encycl. de l'Islam*<sup>2</sup>, t. X, p. 613.

<sup>5</sup> Lugares de internamiento de los cautivos.

<sup>6</sup> Vid. el prólogo a su edición del Cautiverio y trabajos de Diego Galán. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1913, p. X.

<sup>7</sup> GARCÍA SALINERO, Fernando (ed.). *Viaje de Turquía*. Madrid: Cátedra, 2000, p. 64. Un ejemplar manuscrito de esta obra puede consultarse en la Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 3871.

<sup>8</sup> MAS, Albert, *Les Turcs dans la Littérature espagnole...*, t. II, pp. 331 y s.

<sup>9</sup> En 1574 era el comandante supremo de las fuerzas terrestres otomanas que conquistaron La Goleta y Túnez. Fue nombrado Gran Visir en 1580. Murió en 1596. Vid. *Encyclopédie de l'Islam*<sup>2</sup> (EF<sup>2</sup>), t. IX, pp. 655 y s.

<sup>10</sup> *Cautiverio y trabajos de Diego Galán*. Ed. M. Serrano y Sanz. Madrid, 1913, pp. 93 y s.- Esta obra ha sido editada nuevamente por Miguel Ángel de Bunes el año 2001.

<sup>11</sup> Tradicionalmente ha venido considerándose autor de esta obra al beneditino fray Diego de Haedo, abad de Frómista, a cuyo nombre están expedidas las licencias de impresión. Va dedicada a su tío y homónimo el obispo de Palermo, Presidente y Capitán General del Reino de Sicilia, quien la compuso -afirma- recogiendo las informaciones de cautivos cristianos de Argel y cuyo borrador entregó a su sobrino para que le diera forma y preparase su publicación. No obstante, George Camamis opina que el verdadero autor fue, probablemente, el Dr. Antonio de Sosa, compañero de cautiverio de Cervantes, y que debió escribirse entre los años 1577 y 1581. Vid. CAMAMIS, George, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*. Madrid: Gredos, 1977, pp. 59 y ss. y 147.

españoles de La Goleta trasladados a Constantinopla, **N. Roales**, cuyo amo turco le maltrataba porque quería que se rescatase. Pero él no tenía dinero. Sin embargo, gracias a las aportaciones de otros cristianos, logró reunir los 120 escudos que le pedía, mas su amo no se dio por satisfecho y fue subiendo la cantidad varias veces hasta llegar a los 200. Tanto se hartó el esclavo que acabó acuchillándole, por lo que fue detenido y conducido ante “Ochali, Gran Baxá del mar”, quien ordenó romperle todos los huesos “con una maça de hierro” y que su cuerpo fuera echado “en el campo a los perros y aues”<sup>12</sup>. La suerte o desgracia del cautivo dependía, pues, de las manos en que cayese. Pedro de Urdemalas, protagonista del *Viaje de Turquía*, así lo confirma<sup>13</sup>.

Ahora bien, si el trato dado a los cautivos en Constantinopla pudo ser mejor, en general, que el que se dispensaba a los reclusos en el Norte de África, tenían sin embargo una notable desventaja con respecto a estos últimos y era la casi imposibilidad de que pudieran ser rescatados. Diego Galán escribe a este respecto que “a Constantinopla no suben redemptores de parte alguna”<sup>14</sup>, afirmación que corrobora Serrano y Sanz al asegurar que ni los frailes Mercedarios ni los Trinitarios pisaron nunca aquella ciudad, por lo cual el único medio de adquirir la libertad era “mediante el pago de una suma que se estipulaba ante el juez y que el cautivo ganaría con su trabajo”<sup>15</sup>. No obstante, como contrapunto de tal desventaja, disponían en cambio de mayores posibilidades de huída. Así lo señala Albert Mas cuando indica que “las evasiones eran más fáciles en Turquía que en Berbería... desde Constantinopla, gracias a complicidades cristianas, se podía llegar a Europa Central o a la costa dálmata”<sup>16</sup>.

Fueron muchos los literatos cautivos que, al recobrar la libertad, pusieron por escrito las experiencias vividas durante los años de reclusión en el Norte de África o en Constantinopla. Sus obras son, pues, auténticos relatos autobiográficos, como los ya citados *Viaje de Turquía* y las *Memorias* de Diego Galán. George Camamis atribuye al benedictino fray Diego de Haedo, el haber puesto de moda las autobiografías de clérigos y soldados cautivos<sup>17</sup>, género en el que cabe destacar asimismo la crónica de **Jerónimo de Pasamonte**, apresado tras la caída de La Goleta de Túnez en 1574, que después de varios intentos fallidos de huída, acabó comprando su libertad al cabo de dieciocho años de esclavitud transcurridos en diversos lugares -Túnez, Alejandría, Rodas, Constantinopla- y escribió también sus *Memorias*, las cuales permanecieron inéditas durante más de tres siglos<sup>18</sup>. Y autobiográfico también es el relato poético de **Alonso de Salamanca**, compuesto en cinco cantos de octava rima con un total de 468 estrofas de versos endecasílabos,

<sup>12</sup> Vid. ff. 131r-132r.

<sup>13</sup> “La ventura del que es esclavo es toda las manos en que cae”. GARCÍA SALINERO, F. *Viaje de Turquía...*, p. 185.

<sup>14</sup> *Cautiverio y trabajos de Diego Galán*. Ed. M. Serrano y Sanz, p. 98.

<sup>15</sup> *Loc.cit.,t., p. XX*.

<sup>16</sup> MAS, Albert. *Les Turcs dans la Littérature espagnole...*, t. II, p. 379.

<sup>17</sup> *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, p. 7.

<sup>18</sup> Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte, en BAE, t. 90, “Autobiografías de soldados”, pp. 3-73; obra nuevamente editada por Miguel Ángel de Bunes y José M<sup>o</sup> de Cossio, en Sevilla, 2006. Vid. también LEVISI, Margarita, *Autobiografías del Siglo de Oro*. Madrid: Sociedad Española de Librería, 1984.

escrito en Constantinopla quizá poco antes de su evasión ya que el manuscrito lleva la fecha de 1576. El autor, otro de los defensores de La Goleta hecho prisionero tras la caída de esta plaza, sufrió cautiverio en Constantinopla durante dos años, al cabo de los cuales escapó en unión de 270 prisioneros cristianos de diferentes nacionalidades -cien de ellos españoles-, luego de apoderarse en Alejandría de una galera con la que pudieron llegar hasta Tarento, protagonizando “el mas eroyco hecho que cautiuos cristianos ayan hecho o intentado de prision de infieles tan esquiuos”<sup>19</sup>. Pero el exponente máximo de cuantos literatos españoles sufrieron cautividad es **Miguel de Cervantes** quien, al regreso de su forzada estancia en Argel durante más de diez años, escribió *Los tratos de Argel* obra a la que seguirían luego *Los baños de Argel* y varias más de análoga temática, sobre todo la novela *El capitán cautivo*, inserta en *El Quijote*, con la que llega a su cumbre el tema literario del cautiverio y en la cual se encuentran los detalles más autobiográficos de la producción cervantina, en palabras de George Camamis<sup>20</sup>. Y es que, en Cervantes -sigue diciendo este autor- “el cautiverio es una constante que se manifiesta a lo largo de toda su producción literaria”<sup>21</sup>.

Sin embargo, no todos los literatos liberados de cautividad quisieron recordar en sus escritos aquel periodo aciago de sus vidas. Algunos, como el alférez **Pedro de Aguilar**, hecho prisionero al igual que Pasamonte en La Goleta de Túnez, al escribir sus *Memorias* sobre la pérdida de esta plaza se abstuvo de consignar noticia alguna de tipo autobiográfico<sup>22</sup>. Pero en la mención que Cervantes hace de él en *El Quijote* (parte 1ª, cap. XXXIX) alabando sus dotes poéticas, indica que era “natural de no sé qué parte de Andalucía”. Y que al cabo de dos años de cautiverio en Constantinopla pudo escapar “en traje de arnaúte<sup>23</sup> con un griego espía” y se hallaba ya en su tierra “bueno y rico, casado y con tres hijos”.

Buena parte del considerable número de prisioneros hechos por los corsarios turco-berberiscos en sus incursiones por el litoral mediterráneo o en acciones bélicas eran españoles. Según Vasco Díaz de Tanco, cuando Carlos V tomó Túnez en 1535, “fueron redemidos mas de veinte mil animas christianas que estauan cautiuas como ya es notorio”<sup>24</sup>. Y Diego de Haedo, pretendido autor de la *Topographia de Argel*, escrita a finales del siglo XVI, estima en parecido número los cautivos existentes en esta ciudad, al afirmar que en Argel hay “ordinariamente” cerca de 25.000 cautivos cristianos<sup>25</sup>. Cifras nada exageradas si se tiene en cuenta que sólo en la derrota sufrida por el conde Martín de Alcaudete al intentar apoderarse de Mostaganem en 1558, fueron 12.000 los españoles hechos

<sup>19</sup> ALONSO DE SALAMANCA, “La pérdida de La Goleta y Túnez en 1574”. Estudio y edición por Ricardo González Castrillo, en *Anaquel de Estudios Árabes*, 3 (1992), pp. 247-286.

<sup>20</sup> *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, p.12.

<sup>21</sup> *Loc. cit.*, p.51

<sup>22</sup> *Memorias del cautivo en La Goleta de Túnez (El alférez Pedro de Aguilar)*. Prólogo de Pascual de Gayangos. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1875.

<sup>23</sup> *Albanés*. Cf. MOLINER, María. Diccionario de uso del español.

<sup>24</sup> *Libro intitulado Palinodia...*, f. xlvj v.

<sup>25</sup> Valladolid: Diego Fernández de Córdoba y Oviedo, 1612, f. 136v.

prisioneros<sup>26</sup>. Que la pérdida de La Goleta y el fuerte de Túnez en 1574 supuso el cautiverio de unos 473 cristianos, la mitad españoles y los demás “de nación ytaliana y otras lenguas”<sup>27</sup>. O que en Alcazárquivir, en 1578, el número de prisioneros cristianos fue de 14.000 “entre hombres y mujeres, muchachos y negros... antes más que menos”, según afirma fray Luis Nieto<sup>28</sup>, si bien es cierto que Sebastián de Mesa reduce sensiblemente esta cifra hasta 3.000<sup>29</sup>. Éstos son sólo algunos ejemplos de célebres batallas ocurridas a lo largo del siglo XVI, cuya consecuencia fue el apresamiento de buen número de cristianos, muchos de ellos españoles. Pero podrían citarse otros más, en especial la toma de Castilnovo por Barbarroja en 1539, o el desastre de los Gelves [isla de Djerba] en 1560, que incrementaron grandemente el número de cautivos españoles. Y si a las cifras anteriores se añaden además los prisioneros hechos por los corsarios turco-berberiscos en sus correrías por el Mediterráneo o en sus incursiones por las costas de este mar, se comprenderá fácilmente que el número de cristianos que sufrieron cautiverio durante la decimosexta centuria debió ser poco menos que incalculable. Y buena parte de ellos, insistimos, eran españoles.

Sabido es que muchos cautivos acababan por renegar de su fe y abrazar el Islam. Así lo hace constar **Jerónimo Gracián de la Madre de Dios** -cautivo en Túnez durante dieciocho meses, en 1593- cuando afirma que “más de la mitad, y aun las tres partes, reniegan la fe”<sup>30</sup>. Y apunta entre las motivaciones, que muchos lo hacían “por salir del trabajo del remo, que es insufrible, otros por la vida ancha y viciosa que tienen los renegados, y si se escapan destos dos lazos, las cautelas e industrias y falsos testimonios de los Moros hacen caer a muchos”<sup>31</sup>. A todo ello se unía la desesperanza de ser rescatados algún día, sobre todo los residentes en Constantinopla donde, ya se ha indicado, las redenciones fueron prácticamente nulas. La desesperanza fue precisamente el motivo que llevó a los más de cincuenta cautivos de Argel de distintas nacionalidades a solicitar su paso al Islam, en 1550, lo cual provocó que, ante número tan crecido, el monarca argelino dispusiera “que nungun christiano fuese osado a yrse a tornar moro desde aquel día dos de março hasta en treynta días cunplidos qu’es a dos de abril, so pena de trezientos palos”<sup>32</sup>. Bien es cierto que tan elevado número de apostasías como se produjeron iba en contra del sentir general de las gentes, ya que “los españoles del Siglo de Oro no podían comprender una conversión al Islam” y consideraban al renegado como “un ser despreciado y humillado”<sup>33</sup>. Como contraste, hubo también quienes permanecieron firmes en su fe a pesar de las penalidades del cautiverio y la

<sup>26</sup> BRAUDEL, Fernand. *El Mediterráneo...*, t. II, p.430.

<sup>27</sup> ALONSO DE SALAMANCA, “La pérdida de La Goleta y Túnez en 1574”, Estudio y edición por Ricardo González Castrillo, en *Anaquel de Estudios Arabes*, 3 (1992), pp. 249 y 251.

<sup>28</sup> Relación de las guerras de Berbería. Biblioteca Nacional de Madrid (BNE), ms. 2860, f. 69v.

<sup>29</sup> Jornada de Africa por el rey don Sebastián. Barcelona: Pedro La Caballería, 1630, f. 87r.

<sup>30</sup> Tratado de la redención de cautivos. Brussellas: Juan Momarte, 1609, f. 36v.- Hay una edición moderna de esta obra por Miguel Ángel de Bunes Ibarra y Beatriz Alonso Acero. Madrid: Espuela de Plata, 2006.

<sup>31</sup> *Loc. cit.*, f. 37v.

<sup>32</sup> Archivo General de Simancas (citado en adelante AGS), sección Guerra Antigua, leg. 40, doc. 11.

<sup>33</sup> MAS, Albert. *Les Turcs dans la Littérature Espagnole...*, t. II, p. 260.

perspectiva de una vida más fácil si se convertían. Ejemplos como Miguel de Cervantes, prisionero en Argel durante diez años, o Jerónimo de Pasamonte que lo fue desde 1574 a 1592, y cuyo cautiverio “fue uno de los más largos sufridos por un cristiano sin renegar”<sup>34</sup>, son prueba de ello.

El número de renegados que vivían en la órbita otomana fue, pues, muy elevado. Según Vasco Díaz de Tanco, sólo el cuerpo de jenízaros de la guardia, custodios del Gran Turco, estaba integrado por 12.000 hombres “todos cristianos renegados o hijos de cristianos”, y de igual procedencia eran los 10.000 jenízaros que constituían las guarniciones<sup>35</sup>. En la misma línea, Antonio de Heredia y Tordesillas, pretendido autor de la *Crónica Turquesca*<sup>36</sup>, afirma que “la fuerza y mayor estado del grand turco consiste en la gente hordinaria... los quales son todos cristianos renegados”, precisando luego que “la guardia de a pie del grand turco es de quinze mill genízaros los quales son todos cristianos renegados”<sup>37</sup>. Jerónimo Gracián, a su vez, refiere, para el caso de Túnez, que “la mayor parte renegados son los bajáes, los arráeces, cómitres, sotacómitres, guardianes y los que atormentan y castigan a los cristianos”<sup>38</sup>. Palabras estas últimas que atestiguan, de pasada, el mal trato que los renegados daban a los esclavos cristianos, acerca de lo cual aporta Jerónimo de Pasamonte su propia experiencia personal con el renegado Chafer Arráiz de quien recibió malos tratos, “que no me podía ver ni muerto ni vivo”<sup>39</sup>.

Ahora bien, las conversiones al Islam no siempre suponían la sincera aceptación de la doctrina de Mahoma. Al estar motivadas en su mayoría por la búsqueda de un interés material o de mejores posibilidades de fuga, muchas se hacían sin verdadera convicción en las creencias del Islam<sup>40</sup>. De ahí que, si se presentaba la ocasión de escapar de territorio turco, había renegados que volvían a abrazar la fe cristiana<sup>41</sup>.

Los cautiverios y evasiones desde Constantinopla protagonizados por Diego Galán, Jerónimo de Pasamonte o Alonso de Salamanca, son bien conocidos por haber alcanzado altura literaria el relato de tales sucesos y haber visto la luz pública. Pero otros casos análogos permanecen aun ignorados, insertos en documentos de bibliotecas y archivos, si bien la labor investigadora de los historiadores va descubriendo, poco a poco, nuevos y desconocidos nombres. Con el deseo de contribuir a esta tarea, pasamos a exponer seguidamente el resultado de nuestras propias pesquisas, realizadas en el Archivo General de Simancas, en la Biblioteca

<sup>34</sup> CAMAMIS, George. *Estudios sobre el cautiverio...*, p. 205.

<sup>35</sup> *Libro intitulado Palinodia*, sign. + y f. lv r.

<sup>36</sup> Origen de los Turcos o Coronica Turquesca. Biblioteca Nacional de Madrid (BNE), ms. 5763, ff. 1-317 y 351-359v. Vid. también, MAS, Albert. *Les Turcs dans la Littérature Espagnole...*, t. II, p. 474.

<sup>37</sup> *Loc. cit.*, f. 313ra y f. 314rb.

<sup>38</sup> Tratado de la redención de cautivos..., p. 48.

<sup>39</sup> Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte, BAE, t. 90, p. 24.

<sup>40</sup> Entre los muchos ejemplos que podrían mencionarse, citaremos el del renegado sardo Antón Vidal, que fue preso en La Goleta en 1549 y al cabo de ocho meses renegó “no para perseuerar en ello sino para poderse mejor salir de cautiuo y con tal yntinçion se hizo turco”. Cf. AGS, Sección Guerra Antigua, leg. 40, doc. 133.

<sup>41</sup> Jerónimo Gracián de la Madre de Dios habla de un renegado de Salamanca llamado Mami que recobró luego la fe cristiana y se llamó Alonso de la Cruz. Vid. Tratado de la redención de cautivos... Ed. M.A. de Bunes y Beatriz Alonso. Madrid: Espuela de Plata, 2006, p. 72. Vid. también BENNASSAR, Bartolome y Lucile. *Los cristianos de Alá*. Madrid: Nerea, 1989, pp. 508 y ss.

Nacional de Madrid, y en las del Monasterio de El Escorial y la Real Academia de la Historia. Responden principalmente a prisioneros hechos en acciones de guerra - La Goleta, el fuerte de Túnez, Mostaganem, Castilnovo-, pero no falta tampoco algún ejemplo procedente de incursiones terrestres. Se trata en casi todos los casos de evasiones colectivas, con mayor o menor número de fugitivos. En un orden cronológico, la primera a considerar es la que llevaron a cabo, en 1545, **Diego de Cañizares** y otros cautivos españoles capturados tras la caída de Castilnovo en 1539. Conducidos a Constantinopla, fueron encerrados, él y otros “capitanes y personas de quenta”, en la Torre del Mar Negro, a “ocho millas mas adentro de Costantinopla”, donde pasaron tres años, al cabo de los cuales los compró Barbarroja y los llevó a trabajar como aserradores a su residencia de Visitax<sup>42</sup>. Luego los hizo embarcar en sus galeras durante dos años, hasta que fueron conducidos de nuevo a Vesitax “donde estuvieron con otros cabtuios que Barbarrocha tenya. Y a ocho días del mes de junyo del año de xlv llegó a la dicha casa de Barbarrocha vna galeota de veinte y dos bancos con sesenta christianos forçados”, la cual, una vez acabada de armar, debía conducir a Argel al hijo de Barbarroja, que había sido nombrado rey de aquel territorio. Diego de Cañizares vio en aquella galeota el medio de escapar y comunicó su intención a otros cinco compañeros, todos los cuales estuvieron de acuerdo en apoderarse del barco. Pero como estaban encadenados, expusieron su plan de fuga a otro de los cautivos de Castilnovo llamado Perix o Periche, vecino de Baeza, “que andaua suelto y syn cadena”, y por ello pudo subir el primero a la nave. El resto de los conjurados lo hizo por “vna scala y arremetieron por ella adelante, dando voces: ¡liuertad!”. Periche, “quando lo vido, se fue para los turcos que estauan sentados en popa y tomo vna spada”, y también Francisco de Salazar, vecino de Guadalajara arremetió contra ellos con un cuchillo. Uno de los guardianes turcos de la galeota fue muerto y otros se arrojaron al mar, al igual que hicieron cuatro de los cristianos forzados que había en ella, aun “estando herrados”, por miedo a las represalias turcas. Ese mismo miedo fue la causa de que sólo 36 cristianos se atrevieran a embarcar, pese a que “auia en la playa mas de quatroçientos”. Ese día era el miércoles 10 de junio, víspera de San Bernabé, cuando comenzaron la aventura. Y tras de obligar a remar a “muchos cristianos que estauan a la cadena”, izaron primero el trinquete y luego la vela mayor, mientras desde tierra los turcos les arrojaban piedras. Cuando Barbarroja vio pasar la galeota, dio orden de que salieran en su persecución las galeras que tenía apercebidas para acompañar a su hijo a Argel. No obstante, al día siguiente, el 11 de junio, llegaban los fugitivos a los castillos del Canal<sup>43</sup> e hicieron las salvas correspondientes, logrando burlar la vigilancia turca y a las galeras de

<sup>42</sup> “Visitax o Besiktas, antiguo puerto bizantino del otro lado del Cuerno de Oro, donde el temido Barbarroja tenía su mausoleo”. CORTÉS ARRESE, Miguel. “Testimonios de la Constantinopla de antaño”. *Elogio de Constantinopla*. Cuenca: Univ. Castilla La Mancha, 2004, pp. 111-150.

<sup>43</sup> “En el spacio que esta entre medio de las obras del Bosphoro están dos castillos, de los cuales el vno esta en Europa y el otro al opposito, en Asia. Este lo posseyan los Turcos mucho antes que ganaran a Constantinopla, y lo fortaleció de fuertes torreones pocos años antes Mahomete”. BUSBECQ, A. G. *Embaxada y viajes de Constantinopla y Amasea*, de Augerio Gistenio Busbequio. Traducido del latín por el L. Steban López de Reta. Pamplona: por Carlos de Labayen, 1610, f. 37v.



Barbarroja que les perseguían. Y después de navegar durante varios días por el archipiélago griego, unas veces a remo y otras a vela, el 22 de junio de 1545 arribaron por fin a Mesina, “donde saltaron en tierra y fueron en proçesion descalços a una yglesia”.

Como colofón al largo y detallado relato de la evasión, se consignan en el documento<sup>44</sup> los nombres de los 21 españoles que consiguieron salvarse en la galeota, figurando en segundo lugar el de nuestro personaje, Diego de Cañizares de Estrada, vecino de Guadalajara. Y se hace constar asimismo que “fueron por todos los christianos que se saluaron nouenta y çinco”. Otros cautivos de Castilnovo no tuvieron, sin embargo, la misma suerte, como el capitán Lázaro, albanés, que fue empalado “porque tenia hecho conçierto para huirse”<sup>45</sup>, o el obispo de aquella localidad y el capitán Cerón, que murieron durante su permanencia en la Torre del Mar Negro. Tampoco la tuvieron Vespasiano de Contenes y Juan de Berlanga, víctimas de las galeras, ni Garci Méndez de Sotomayor y Rodrigo de Barrios, encerrados en la Torre de Gálata. Los nombres de todos ellos aparecen mencionados al comienzo del manuscrito.

Diego de Cañizares es figura central, asimismo, de otros dos documentos conservados en el Archivo General de Simancas<sup>46</sup>. Se trata de sendas cartas de recomendación expedidas en su favor, dirigidas al príncipe Felipe, fechada una en Mantua a 10 de agosto de 1545, y la otra en Milán el 30 del mismo mes y año, es decir, apenas mes y medio o dos meses de su llegada a Mesina. En ellas se hace referencia a su apresamiento en Castilnovo y posterior evasión de Constantinopla en unión de varios compañeros. El firmante de la primera carta suplica a Su Alteza “lo quiera tener por encomendado y hacerle aquellas mercedes y faoures que su persona mereçe”, mientras el de la segunda pide “le mande hazer bien y merced como lo acostumbra con los otros subditos y criados que bien le siruen y han seruido a Su Magestad”.

Menos extenso es el relato de Francisco López de Gómara acerca de la fuga de otros seis soldados españoles de los de Castilnovo, esclavos también en Constantinopla -cuyos nombres no menciona, ni la fecha de la escapada-, que “conçertaron entre si de huyr de los amos”<sup>47</sup>. En la barca de uno de ellos cruzaron los Dardanelos, “con harto temor de ser presos”, y llegados a una cala, se apoderaron de un pequeño navío cargado de trigo con el que arribaron a Sevenico. El Potestá<sup>48</sup> de este dominio veneciano requisó el trigo que transportaban por ser época de escasez, y “dioles cartas para la Señoría que se lo pagasen en Venecia”. Pero en esta ciudad se limitaron a darles “dineros con que se vistiesen y se fuesen á los españoles que el marques del Vasto tenia en el estado de Milan”. López de Gómara, según afirma, se hallaba por entonces en Venecia con el embajador de

<sup>44</sup> Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Madrid. Sign. 9/7500, ff. 44r-45v.

<sup>45</sup> A.G. Busbecq escribe acerca de este capitán albanés que procedía de Castilnovo y se escapó de Constantinopla, “y habiéndole cogido, le empalaron y lo suffrio con gran paciencia y constancia de animo”. *Embaxada y viajes de Constantinopla...*, f. 37v.

<sup>46</sup> Sección Estado, leg. 1191, docs. 141 y 142.

<sup>47</sup> “Crónica de los Barbarrojas”. *Memorial Histórico Español*, t. VI, pp. 430 y s.

<sup>48</sup> “En algunas poblaciones de Italia, *corregidor, juez o gobernador*”. *Diccionario de la Lengua Española*. RAE, 22<sup>a</sup> ed., 2001.

Carlos V, Hurtado de Mendoza, y así pudo conocer de primera mano la odisea de esos seis españoles e insertarla en su obra.

La desafortunada Jornada de Mostaganem de 1558, en la que fracasó el intento del conde Martín de Alcaudete de apoderarse de esta plaza, originó el cautiverio de muchos españoles que en ella participaron, parte de los cuales acabaron siendo trasladados a Constantinopla. La Biblioteca del Monasterio de El Escorial guarda dos copias manuscritas<sup>49</sup> de un mismo relato en el que se describe la evasión de 151 cristianos, “esclavos de Aluchali, renegado griego que era gobernador de Sobrazan, por una fuerça que agora ha hecho el turco en la Notalia, cerca de Chio”. La mayoría de estos cristianos “heran españoles de la jornada de Mostagan” y otros “avian sido presos en la costa d’España y el resto italianos y ginobeses y marineros”. Desde hacía tiempo venían abrigando la idea de apoderarse de la galera en la que su amo navegaba y escapar con ella. Al fin, el 22 de septiembre de 1564, aprovechando una ausencia de Aluchali, y “paresciendo a los christianos que los turcos estauan descuidados y los mas dellos durmiendo”, creyeron llegado el momento de huir. “En vn subito se desherraron y corrieron las armas que tenían algunos escondidas”, dando muerte al capitán de la nave y a 80 ó 90 turcos que estaban durmiendo de los 120 que componían la tripulación, 31 de los cuales fueron apresados por los fugitivos y llevados con ellos hasta Mesina, donde llegaron el 2 de octubre. Nada consignan los manuscritos citados acerca del derrotero seguido hasta arribar a este puerto. Sólo apuntan que no tocaron durante todo el viaje, “en ninguna parte aunque descubrieron el cabo de San Angel y después la isla de Cirigo, a la qual se arrimaron forçosamente por cubrirse de tres galeras que le[s] venían dando caça”.

Termina el relato señalando que todos los cristianos se comportaron “muy bien, sin retirarse ninguno ni mostrar vileza”, pero destaca en especial la conducta de los españoles Alonso de Aguilera, Pedro de Jódar, Diego Gil, Bartolomé Arboleda y León Gaspar Rodríguez, así como la de dos italianos, Rosato y el napolitano Juan Bautista de Aversa. Después de mencionar estos nombres siguen las características de la galera capturada, que “es muy buena y de dos años, bien harmada de xarçia, cabos gruesos, hierros, cadenas, velamen, barrilamen y todo lo demas a punto de navegar, de 24 bancos armada quatro a quatro a la galocha”. Por último, se indica “que hauia en esta galera solamente dos renegados”, los cuales no se pronunciaron nunca ni a favor ni en contra de los cristianos. Mantuvieron en todo momento una actitud expectante hasta ver qué se hacía con ellos, si “castigarlos o tener por esclauos”.

El suceso de Mostaganem fue también el origen del cautiverio de **Pedro Sánchez**, vecino de Los Alumbres de Almazarrón, en Murcia, soldado en la compañía del capitán Francisco Riquelme. No obstante, los detalles acerca de su vida son escasos, por no decir inexistentes. El documento del Archivo General de Simancas que menciona su nombre<sup>50</sup>, solo indica “hauer estado en esclauitud en Argel y Constantinopla treinta años”, a raíz de la expedición del conde de

<sup>49</sup> Mss. & III.23, f. 203 y V.II.3, f. 350.

<sup>50</sup> Sección Guerra Antigua, leg. 243 F, f. 295.

Alcaudete, sin ningún otro dato que pudiera aclarar las circunstancias de su liberación o probable evasión. Se limita a consignar que, en atención a sus servicios, le había sido concedida por el rey “vna ventaja<sup>51</sup> de seis escudos en la costa del reyno de Granada”. Pero que al presentarse a “seruir su plaza”, don Fernando de Mendoza, general de dicha costa, se hallaba ausente “y el que quedo en su lugar no le hizo buena su plaza”. Por lo cual suplica se le dé otro destino, bien sea en la costa de Murcia, en la Alhambra de Granada o en el castillo de Bautabin. Y al propio tiempo, solicita “alguna ayuda de costa<sup>52</sup> para poder partirse a seruir dicha plaza”.

Treinta fueron, asimismo, los años que duró la esclavitud de otro soldado de Mostaganem, **Ginés Hernández**, natural de Cartagena, transcurridos primero en Argel y luego en Constantinopla, al cabo de los cuales pudo escapar junto con otros cristianos. Su expediente se halla igualmente en el Archivo General de Simancas<sup>53</sup> e incluye las declaraciones de tres testigos que afirman conocerle así como un pasaporte expedido a su favor por el virrey de Nápoles, Juan de Zúñiga, conde de Miranda, con fecha 7 de marzo de 1588, en el que le describe como hombre “de mediana estatura, baruinegro, entrecano, visco de los ojos, de hedad de sesenta años”, haciendo constar que “salido de cautiverio, va a España”. En la portadilla del *dossier* se indica habersele concedido dos ducados de ventaja.

Mucho menor es el conocimiento que se tiene del cautiverio del soldado **Rodrigo de Vega**, del que se ignoran incluso el año y el lugar en que fue apresado. Solo sabemos que estuvo cautivo en Constantinopla 26 años, y “que se huyo este año [1566] por tierra y liuerto y truxo consigo otros tres cautiuos christianos”. Datos que figuran en la real cédula expedida en Madrid a 18 de diciembre de 1566, por la que se ordena a Melchor de Herrera, tesorero general, que facilite a dicho soldado la cantidad de 60 ducados, “de que hazemos merced por vna vez”, en atención a los servicios prestados<sup>54</sup>. Es de señalar que al indicar la equivalencia de esos 60 ducados en maravedises, se afirma primero que “montan veynte y cinco mil y quinientos maravedís”, mientras que, al final del escrito, se hace referencia a “los dichos veynte y dos mil y quinientos maravedís”.

La caída de La Goleta y del fuerte de Túnez en 1574 fue origen de otros muchos cautiverios de españoles. El de **Miguel Ruiz**, “vezino de la uilla de Ruiz, jurisdiccion de la çibdad de Baeça”, esclavo en Constantinopla durante 14 años “mas o menos”, es un ejemplo. Y se da la circunstancia de que su biografía es una de las más conocidas, por la extensa documentación que se conserva en Simancas acerca de su persona<sup>55</sup>. Incluye su expediente el testimonio del propio personaje otorgado ante escribano público, así como las declaraciones en su favor de cuatro testigos que compartieron esclavitud con él, y el pasaporte expedido en Nápoles, a 24 de junio de 1588, por el ya citado virrey Juan de Zúñiga, conde de Miranda. En su testimonio afirma Miguel Ruiz que, al ser capturado en Túnez, formaba parte de la compañía del capitán Hernando Moreno Maldonado y

<sup>51</sup> “Sueldo sobreañadido al común que gozan otros”. Diccionario de la Lengua Española, RAE, 22ª ed., 2001.

<sup>52</sup> “Socorro en dinero para costear en parte algo”. *Loc. cit.*

<sup>53</sup> Sección Guerra Antigua, leg. 243 F, f. 306r-311r.

<sup>54</sup> Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 781, f. 102v.

<sup>55</sup> Sección Guerra Antigua, leg. 242 F, ff. 62-66.

que, llevado a Constantinopla, fue esclavo de “Alex Cahaia...en cuyo poder estando bibi de christiano y persona onrada, temeroso de Dios Nuestro Señor y de sus mandamientos, yendo de ordinario fiestas y domingos a oír misa... a la iglesia del bienaventurado señor San Francisco<sup>56</sup>, confeesandome y comulgándome como tal christiano, ombre de bien”. Alega haber ayudado a otros esclavos fugitivos y también a espías, uno de los cuales, Marco Colabo, presentado como testigo, confirma este punto al reconocer en su declaración que “muchas vezes, quando yo yua en Costantinopla, yua en su casa y me guardaua los vestidos y me tenia escondido a mi y a los christianos que yo hauia de leuar”. Esta conducta entrañaba un gran riesgo, como indica Marco Colabo al admitir que “vltimamente me saluo por hauerme descubierto vna mujer española llamada Catalina Perez... y por mi se puso en el peligro de la vida muchas vezes”. La declaración de otro de los testigos, Juan López, corrobora asimismo el proceder de Miguel Ruiz, al asegurar que le vio “hazer obras de buen christiano, ayudando a dar libertad a muchos christianos teniendolos escondidos en su casa, con mucho peligro de la vida. Y particularmente a mi me ha tenido dos días con mi mujer y suegra hasta que nos dio con que nos embarcamos”.

Las palabras de un tercer testigo, Benito Martínez, apoyan igualmente los testimonios anteriores al afirmar que siempre “le bio uibir de ombre de bien y buen christiano”. Pero es el testimonio del cuarto testigo, Pedro de Castro, “español circunçisso”, es decir renegado, el que aporta más datos. Confirma que le veía ir a oír misa a la iglesia de San Francisco, en el barrio de Gálata, y que vivía “de persona de bien e no hazia ni hizo mal ni daño a persona alguna”. Se limitaba a trabajar mucho para poder pagar a su amo los 7.500 aspros<sup>57</sup> acordados como rescate y que, como le faltaran tres mil para completar dicha cantidad, el mismo Castro se los prestó y pudo así salir de la esclavitud. Una vez libre, “vsaua en aquella parte tener secretos e yncubrir ombres christianos esclauos que tratauan de huirse e see huian, syn descubrir a nadie ni por el se resçibio daño alguno”. Menciona también al espía Marco Colado<sup>58</sup>, renegado albanés, así como el incidente de la mujer que lo descubrió. Y que, al verse descubierto, Ruiz optó por echar de su casa a Colado y a los cristianos fugitivos que con él estaban, indicándole que “fuese con Dios a esconderse a otra parte”.

El pasaporte expedido por el virrey Juan de Zúñiga, completa otros datos interesantes de nuestro personaje, al consignar su edad -36 años- y algunas características físicas, “baxo de cuerpo, baruinegro, pecoso de cara, con vna herrida en la cabeça”. Por último, en respuesta a la solicitud de Miguel Ruiz que encabeza

<sup>56</sup> En Gálata o Pera estaba el arsenal “donde se hazen las galeras”. Y por ello, “quasi toda la gente de mar... viben en Galata... y por el mismo caso todos los cautibos están alla”. El monasterio de San Francisco era uno de los tres de la Iglesia latina que había en Gálata, donde se decía misa cada día. Tenía 24 monjes. GARCÍA SALINERO, F. *Viaje de Turquía...*, p. 486.

<sup>57</sup> “...aspres, que son vnas pequeñas piezas de plata esquinadas, mas quadradas que redondas, cincuenta de las quales balen vn ducado y no tienen otra marca sino letras, ni sus ducados tanpoco”. El estado de la casa y corte del Gran Turco... Escribiola Vn Caballero de Rodas. Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 5763, f. 318r.- Albert Mas indica que este ms. es la traducción española de la obra del Caballero de Rodas, Antoine Geuffroy. Vid. *Les Turcs dans la Littérature Espagnole du Siècle d’Or*, t. II, p. 180, nota.

<sup>58</sup> En este documento se lee claramente *Colado* y no Colabo.

el *dossier*, pidiendo se le conceda alguna ventaja, consta haber sido favorecido con dos escudos por dicho concepto en la armada.

Cuando **Gonzalo de San Miguel** fue apresado también en el fuerte de Túnez, llevaba 18 años de soldado y había participado en la Jornada de Granada y en otras de Levante. Conducido a Constantinopla, estuvo 12 años de esclavo hasta que pudo rescatarse “con su hazienda”. Ninguna otra noticia acerca de su persona contiene el único documento conservado que menciona su nombre<sup>59</sup>. Sólo la súplica al monarca de que “le mande enplear... y mandarle dar algun entretenimiento ho bentaja”, con el fin de continuar a su servicio. Petición que fue favorablemente acogida el 5 de junio de 1587, con la concesión de “tres ducados de ventaja en el terçio de Napoles o de Sicilia que an venido a estos reinos”.

Las acciones de guerra, como se ha dicho, no fueron el único medio de recabar cautivos. Las incursiones de los piratas turco-berberiscos en las tierras del litoral mediterráneo fueron otra fuente, y muy rentable, de hacer prisioneros. El caso de **Domingo Forner**, vecino de la isla de Menorca, conocido por la documentación que conserva el archivo de Simancas<sup>60</sup>, es una muestra de ello. Se trata de la respuesta de Miguel de Pax, gobernador de la isla, a una real cédula -cuyo texto se transcribe- fechada en Monzón a 5 de agosto de 1585, por la que solicita el monarca información sobre el personaje, con el fin de resolver la petición de una plaza en su servicio que le había formulado. Conocía el rey por el propio Forner que había sido hecho prisionero de los turcos, junto con sus padres y cuatro hermanos, a raíz del saqueo de Ciudadela por la armada otomana en 1578. Y que, llevados a Constantinopla, él pudo escapar pero no así su familia, todos los cuales permanecían “capiuos en ella sin auer remedio de podellos rescatar por auer perdido juntamente quando fueron captiuos su hazienda”. Por este motivo, solicitaba una plaza en el servicio real para ganar un sueldo y poder rescatarlos. En su demanda de información, el rey desea conocer asimismo la opinión del gobernador Miguel de Pax sobre este asunto, para que finalmente el Consejo de Guerra “mande proueer en ello lo que conuenga”. La respuesta del gobernador, fechada en Ciudadela a 24 de mayo de 1587, viene a corroborar los datos expresados en la real cédula y añade además que Forner tenía 7 años cuando fue apresado, aunque lamentablemente no se consignan en ella las vicisitudes de su huida de Constantinopla, si es que Miguel de Pax las conocía. Por otra parte, habla de los cuatro hermanos de Domingo Forner y de su madre como prisioneros, no de sus padres, insistiendo en que “quedaron catiuos su madre y hermanos sin tener remedio de rescatarse porque al tiempo que los catiaron perdieron la poca hazienda que tenían”. Finalmente, aboga por que se le conceda “vna plaça de Infante, pues en él concurren las calidades que se requieren para seruilla”. Las palabras “desele plaça de Infante”, acreditan haber sido atendido su parecer.

El expediente del capitán **Jorge Dolisti** al que hacemos referencia a continuación y que cierra nuestras pesquisas, no cae propiamente bajo el enunciado de este trabajo ya

<sup>59</sup> AGS, Guerra Antigua, leg. 211, f. 134r.

<sup>60</sup> Sección Guerra Antigua, leg. 198, f. 46.

que no era español sino italiano, probablemente veneciano. Pero el hecho de ser “criado de su Magestad” el rey de España, como él mismo reconoce, así como las especiales circunstancias que concurrieron en su liberación de Constantinopla, con la polémica mediación del embajador Monsieur de Breves, nos han movido a incluir aquí su historia, la cual comienza con su captura y la de los tres galeones bajo su mando por el bajá Cigala “a la boca del faro de Mecina”, el año 1594<sup>61</sup>. El turco pedía por su rescate, los de la tripulación y navíos apresados la cantidad de treinta mil ducados y, al no poderlos pagar, Dolisti acudió al embajador del Príncipe de Bearne, influyente personaje en la corte del Gran Turco, con el que concertó la cifra de veinticuatro mil ducados como rescate del mayor de los galeones capturados -desechando los otros dos por viejos-, así como de su persona y 60 hombres. Pagada parte de esta cantidad el embajador pretendió luego aumentar la cifra convenida, pero Dolisti, convencido de que aunque pagase el nuevo aumento no le dejaría salir de Constantinopla, se procuró, con gran sigilo, “un mandamiento regio para los castillos [del Canal] que dexasen salir luego el galeón”. Y cuando supo que “me aguardaua fuera seis millas sobre las anclas” marchó a embarcarse, logrando su propósito pese a que el embajador envió emisarios que le detuvieran antes de rebasar los castillos. Llegado a Istria, dejó allí “el galeón grande que rescatté a Constantinopla, por no poder entrar en este puerto de Malamoco” y fue a Venecia en una barca.

Todo lo expuesto consta en la carta que Jorge Dolisti escribió a los tres días de llegar a Venecia, el 10 de enero de 1597, a Francisco de Vera y Aragón, del Consejo de Su Magestad, y en la que este consejero dirigió a su vez desde Milán, el 15 de enero, al monarca a través de Francisco de Idiáquez<sup>62</sup>. Dolisti en su epístola, además de prevenir contra el embajador francés, “aquel mal hombre” que tantos sufrimientos le ocasionó y al que acusa de ser “mas turco de corazón que cristiano”, solicita se le favorezca “con aquellos arrendadores de la sal que me accomodassen de diez o doze mil ducados para traelle tanto sal a Gozo luego en dos o tres viajes al preçio como corren ahora”. De esta manera podría pagar la parte de su rescate que aún tenía pendiente y que no había podido liquidar a pesar de que su hermano le había dado para tal fin diez mil ducados. Por su parte, Francisco de Vera carga en su escrito contra el embajador de Bearne, al que califica de “mala bestia”, y contra su propio señor, desengañando al rey de que Bearne no era “tan alumbrado y cattolico como se lo han querido persuadir”.

<sup>61</sup> El renegado Cigala, “general de la mar”, fue quien compró a Diego Galán por 300 ducados. Su padre era un corsario genovés que un día apresó a una joven turca y la convenció de que se hiciera cristiana. Tuvo cuatro hijos con ella, uno de ellos llamado Carlos fue caballero de la Orden de Santiago, y otro, Scipión, fue capturado por Barbarroja y acabó renegando. “Le pusieron por nombre Sinán, aunque generalmente le llamaban Zigala Uchali”. El sultán le casó con una hija suya y le nombró General de la Mar. En uno de los *Avisos* escritos desde Constantinopla a 12 de septiembre de 1594, consta que “el Cigala se dezia està en poca gracia del Turco”, y en otro de 5 de febrero de 1595 se informa de que el “sultan Mahemet...hauia proueydo el cargo de general de la mar que tenia Cigala en su çuãno Halil baxà”. Vid. Cautiverio y trabajos de Diego Galán. Ed. Manuel Serrano y Sanz. Madrid, 1913, pp. 90 y 236-238; y Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 3832, ff. 225r y 264r.

<sup>62</sup> AGS, sección Estado, leg. 1283, docs. 1 y 5.